



## **GUÍA DE LECTURA: LAS REVOLUCIONES (Extracto del Libro *"The Age Of Revolution, Europe 1789-1848"*, Ed. Crítica, Barcelona, España, 2003) Por Eric Hobsbawm\***

### **Capítulo I**

Rara vez la incapacidad de los gobiernos para detener el curso de la historia se ha demostrado de modo más terminante que en los de la generación posterior a 1815. Evitar una segunda Revolución Francesa, o la catástrofe todavía peor de una revolución europea general según el modelo de la francesa, era el objetivo supremo de todas las potencias que habían tardado más de veinte años en derrotar a la primera; incluso de los ingleses, que no simpatizaban con los absolutismos reaccionarios que se reinstalaron sobre toda Europa y sabían que las reformas ni pueden ni deben evitarse, pero que temían una nueva expansión franco-jacobina más que cualquier otra contingencia internacional. A pesar de lo cual, jamás en la historia europea y rarísima vez en alguna otra, el morbo revolucionario ha sido tan endémico, tan general, tan dispuesto a extenderse tanto por contagio espontáneo como por deliberada propaganda.

Tres principales olas revolucionarias hubo en el mundo occidental entre 1815 y 1848. (Asia y África permanecieron inmunes: las primeras grandes revoluciones, el "motín indio" y «la rebelión de Taiping», no ocurrieron hasta después de 1850). La primera tuvo lugar en 1820-1824. En Europa se limitó principalmente al Mediterráneo, con España (1820), Nápoles (1820) y Grecia (1821) como epicentros. Excepto el griego, todos aquellos alzamientos fueron sofocados. La revolución española reavivó el movimiento de liberación de sus provincias sudamericanas, que había sido aplastado después de un esfuerzo inicial (ocasionado por la conquista de la metrópoli por Napoleón en 1808) y reducido a unos pocos refugiados y a algunas bandas sueltas. Los tres grandes libertadores de la América del Sur española, Simón Bolívar, San Martín y Bernardo O'Higgins, establecieron respectivamente la independencia de la "Gran Colombia" (que comprendía las actuales repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador), de la Argentina, menos las zonas interiores de lo que ahora son Paraguay y Bolivia y las pampas al otro lado del Río de la Plata, en donde los gauchos de la Banda Oriental (ahora el Uruguay) combatían a los argentinos y a los brasileños, y de Chile. San Martín, ayudado por la flota chilena al mando de un noble radical inglés, Cochrane (el original del capitán Hornblower de la novela de C. S. Forrester), liberó a la última fortaleza del poder hispánico: el virreinato del Perú.

En 1822 toda la América española del Sur era libre y San Martín, un hombre moderado y previsor de singular abnegación, abandonó a Bolívar y al republicanismo y se retiró a Europa, en donde vivió su noble vida en la que era normalmente un refugio para los ingleses perseguidos por deudas, Boulogne-sur-Mer, con una pensión de O'Higgins. Entre tanto, el general español enviado contra las guerrillas de campesinos que aún quedaban en México -Itúrbide- hizo causa común con ellas bajo el impacto de la revolución española, y en 1821 declaró la independencia mexicana. En 1822, el Brasil se separó tranquilamente de Portugal bajo el regente dejado por la familia real portuguesa al regresar a Europa de su destierro durante la guerra napoleónica. Los Estados Unidos reconocieron casi inmediatamente a los más importantes de los nuevos Estados; los ingleses lo hicieron poco después, teniendo buen cuidado de concluir tratados comerciales con ellos. Francia los reconoció más tarde.

La segunda ola revolucionaria se produjo en 1829-1834, y afectó a toda la Europa al Oeste de Rusia y al continente norteamericano. Aunque la gran era reformista del presidente Andrew Jackson (1829-1837) no estaba directamente conectada con los trastornos europeos, debe contarse como parte de aquella ola. En Europa, la caída de los Borbones en Francia estimuló diferentes alzamientos. Bélgica (1830) se independizó de Holanda; Polonia (1830-1831) fue reprimida sólo después de considerables operaciones militares; varias partes de Italia y Alemania sufrieron convulsiones; el liberalismo triunfó en Suiza -país mucho menos pacífico entonces que ahora-; y en España y Portugal se abrió un período de guerras civiles entre liberales y clericales. Incluso Inglaterra se vio afectada, en parte por culpa de la temida erupción de su volcán local -Irlanda-, que consiguió la emancipación católica (1829) y la reaparición de la agitación reformista. El Acta de Reforma de 1832 correspondió a la revolución de julio de 1830 en Francia, y es casi seguro que recibiera un poderoso aliento de las noticias de París. Este período es probablemente el único de la historia moderna en el que los sucesos políticos de Inglaterra marchan paralelos a los del continente, hasta el punto de que algo parecido a una situación revolucionaria pudo ocurrir en 1831-1832 a no ser por la prudencia de los partidos *whig* y *tory*. Es el único período del siglo XIX en el que el análisis de la política británica en tales términos no es completamente artificial.

De todo ello se infiere que la ola revolucionaria de 1830 fue mucho más grave que la de 1820. En efecto, marcó la derrota definitiva del poder aristocrático por el burgués en la Europa occidental. La clase dirigente de los próximos cincuenta años iba a ser la "gran burguesía" de banqueros, industriales y altos funcionarios civiles, aceptada por una aristocracia que se eliminaba a sí misma o accedía a una política principalmente burguesa, no perturbada todavía por el sufragio universal, aunque acosada desde fuera por las agitaciones de los hombres de negocios modestos e insatisfechos, la pequeña burguesía y los primeros movimientos laborales. Su sistema político, en Inglaterra, Francia y Bélgica, era fundamentalmente el mismo: instituciones liberales salvaguardadas de la democracia por el grado de cultura y riqueza de los votantes - sólo 168.000 al principio en Francia- bajo un monarca constitucional, es decir, algo por el estilo de las instituciones de la primera y moderada fase de la Revolución francesa, la constitución de 1791.

Sin embargo, en los Estados Unidos, la democracia jacksoniana supuso un paso más allá: la derrota de los ricos oligarcas no demócratas (cuyo papel correspondía al que ahora triunfaba en la Europa occidental) por la ilimitada democracia llegada al poder por los votos de los colonizadores, los pequeños granjeros y los pobres de las ciudades.

Fue una innovación portentosa que los pensadores del liberalismo moderado, lo bastante realistas para comprender las consecuencias que tarde o temprano tendría en todas partes, estudiaron de cerca y con atención. Y, sobre todos, Alexis de Tocqueville, cuyo libro *La democracia en América* (1835) sacaba lúgubres consecuencias de ella. Pero, como veremos, 1830 significó una innovación más radical aún en política: la aparición de la clase trabajadora como fuerza política independiente en Inglaterra y Francia y la de los movimientos nacionalistas en muchos países europeos.

Detrás de estos grandes cambios en política hubo otros en el desarrollo económico y social. Cualquiera que sea el aspecto de la vida social que observemos, 1830 señala un punto decisivo en él; de todas las fechas entre 1789 y 1848 es, sin duda alguna, la más memorable. Tanto en la historia de la industrialización y urbanización del continente y de los Estados Unidos, como en la de las migraciones humanas, sociales y geográficas o en la de las artes y la ideología, aparece con la misma prominencia. Y en Inglaterra y la Europa occidental, en general, arranca de ella el principio de aquellas décadas de crisis en el desarrollo de la nueva sociedad que concluyeron con la derrota de las revoluciones de 1848 y el gigantesco avance económico después de 1851.

La tercera y mayor de las olas revolucionarias, la de 1848, fue el producto de aquella crisis. Casi simultáneamente la revolución estalló y triunfó (de momento) en Francia, en casi toda Italia, en los Estados alemanes, en gran parte del Imperio de los Habsburgo y en Suiza (1847). En forma menos aguda, el desasosiego afectó también a España, Dinamarca y Rumania y en forma esporádica a Irlanda, Grecia e Inglaterra. Nunca se estuvo más cerca de la revolución mundial soñada por los rebeldes de la época que con ocasión de aquella conflagración espontánea y general, que puso fin a la época estudiada en este volumen. Lo que en 1789 fue el alzamiento de una sola nación era ahora, al parecer, "la primavera de los pueblos" de todo un continente.

## Capítulo II

A diferencia de las revoluciones de finales del siglo XVIII, las del período posnapoleónico fueron estudiadas y planeadas. La herencia más formidable de la Revolución francesa fue la creación de modelos y patrones de levantamientos políticos para uso general de los rebeldes de todas partes. Esto no quiere decir que las revoluciones de 1815-1848 fuesen obra exclusiva de unos cuantos agitadores desafectos, como los espías y los policías de la época -especies muy utilizadas- llegaban a decir a sus superiores. Se produjeron porque los sistemas políticos vueltos a imponer en Europa eran profundamente inadecuados -en un período de rápidos y crecientes cambios sociales- a las circunstancias políticas del continente, y porque el descontento era tan agudo que hacía inevitable los trastornos. Pero los modelos políticos creados por la revolución de 1789 sirvieron para dar un objetivo específico al descontento, para convertir el desasosiego en revolución, y, sobre todo, para unir a toda Europa en un solo movimiento -o quizá fuera mejor llamarlo corriente- subversivo.

Hubo varios modelos, aunque todos procedían de la experiencia francesa entre 1789 y 1797. Correspondían a las tres tendencias principales de la oposición pos-1815: la moderada liberal (o dicho en términos sociales, la de la aristocracia liberal y la alta clase media), la radical-democrática (o sea, la de la clase media baja, una parte de los nuevos fabricantes, los intelectuales y los descontentos) y la socialista (es decir, la del "trabajador pobre" o nueva clase social de obreros industriales). Etimológicamente, cada uno de esos tres vocablos refleja el internacionalismo del período: "liberal" es de origen franco-español; , "radical", inglés; , "socialista", anglo-francés. "Conservador" es también en parte de origen francés (otra prueba de la estrecha correlación de las políticas británica y continental en el período del Acta de Reforma). La inspiración de la primera fue la revolución de 1789-1791; su ideal político, una suerte de monarquía constitucional cuasi-británica con un sistema parlamentario oligárquico -basado en la capacidad económica de los electores- como el creado por la Constitución de 1791 que, como hemos visto, fue el modelo típico de las de Francia, Inglaterra y Bélgica después de 1830-1832.

La inspiración de la segunda podía decirse que fue la revolución de 1792-1793, y su ideal político, una república democrática inclinada hacia un "estado de bienestar" y con cierta animosidad contra los ricos como en la Constitución Jacobina de 1793. Pero, por lo mismo que los grupos sociales partidarios de la democracia radical eran una mezcolanza confusa de ideologías y mentalidades, es difícil poner una etiqueta precisa a su modelo revolucionario francés. Elementos de lo que en 1792-1793 se llamó girondismo, jacobinismo y hasta "sans-culottismo", se entremezclaban, quizá con predominio del jacobinismo de la Constitución de 1793. La inspiración de la tercera era la revolución del año II y los alzamientos postermidorianos, sobre todo la "Conspiración de los Iguales" de Babeuf, ese significativo alzamiento de los extremistas jacobinos y los primitivos comunistas que marca el nacimiento de la tradición comunista moderna en política. El comunismo fue el hijo del "sans-culottismo" y el ala izquierda del robespierrismo y heredero del fuerte odio de sus mayores a las clases medias y a los ricos. Políticamente el modelo revolucionario "babuvista" estaba en la línea de Robespierre y Saint-Just.

Desde el punto de vista de los gobiernos absolutistas, todos estos movimientos eran igualmente subversivos de la estabilidad y el buen orden, aunque algunos parecían más dedicados a la propaganda del caos que los demás, y más peligrosos por más capaces de inflamar a las masas míseras e ignorantes (por eso la policía secreta de Metternich prestaba en los años 1830 una atención que nos parece desproporcionada a la circulación de las *Paroles d'un croyant* de Lamennais (1834), pues al hablar un lenguaje católico y apolítico, podía atraer a gentes inafectadas por una propaganda francamente atea). Sin embargo, de hecho, los movimientos de oposición estaban unidos por poco más que su común aborrecimiento a los regímenes de 1815 y el tradicional frente común de todos cuantos por cualquier razón se oponían a la monarquía absoluta, a la Iglesia y a la aristocracia. La historia del período 1815-1848 es la de la desintegración de aquel frente unido.

### Capítulo III

Durante el período de la Restauración (1815-1830) el mando de la reacción cubría por igual a todos los disidentes y bajo su sombra las diferencias entre bonapartistas y republicanos, moderados y radicales apenas eran perceptibles. Todavía no existía una clase trabajadora revolucionaria o socialista, salvo en Inglaterra, en donde un proletariado independiente con ideología política había surgido bajo la égida de la "cooperación" owenista hacia 1830.

La mayor parte de las masas descontentas no británicas todavía apolíticas u ostensiblemente legitimistas y clericales, representaban una protesta muda contra la nueva sociedad que parecía no tener más que males y caos. Con pocas excepciones, por tanto, la oposición en el continente se limitaba a pequeños grupos de personas ricas o cultas, lo cual venía a ser lo mismo. Incluso en un bastión tan sólido de la izquierda como la Escuela Politécnica, sólo un tercio de los estudiantes -que formaban un grupo muy subversivo- procedía de la pequeña burguesía (generalmente de los más bajos escalones del ejército y la burocracia) y sólo un 0,3 por ciento de las "clases populares". Naturalmente estos estudiantes pobres eran izquierdistas, aceptaban las clásicas consignas de la revolución, más en la versión radical-democrática que en la moderada, pero todavía sin mucho más que un cierto matiz de oposición social.

El clásico programa en torno al cual se agrupaban los trabajadores ingleses era el de una simple reforma parlamentaria expresada en los "seis puntos" de la Carta del Pueblo. En el fondo este programa no difería mucho del de la generación de Paine, y era compatible (al menos por su asociación con una clase trabajadora cada vez más consciente) con el radicalismo político de los reformadores benthamistas de la clase media. La única diferencia en el período de la Restauración era que los trabajadores radicales ya preferían escuchar lo que decían los hombres que les hablaban en su propio lenguaje -charlatanes retóricos como J. H. Leigh Hunt (1773-1835), o estilistas enérgicos y brillantes como William Cobbett (1762-1835) y, desde luego, Tom Paine (1737-1809)- a los discursos de los reformistas de la clase media.

Como consecuencia, en este período, ni las distinciones sociales ni siquiera las nacionales dividían a la oposición europea en campos mutuamente incompatibles. Si omitimos a Inglaterra y los Estados Unidos, en donde ya existía una masa política organizada (aunque en Inglaterra se inhibió por histerismo antijacobino hasta principios de la década de 1820-1830), las perspectivas políticas de los opositores eran muy parecidas en todos los países europeos, y los métodos de lograr la revolución -el frente común del absolutismo excluía virtualmente una reforma pacífica en la mayor parte de Europa- eran casi los mismos.

Todos los revolucionarios se consideraban -no sin razón- como pequeñas minorías selectas de la emancipación y el progreso, trabajando en favor de una vasta e inerte masa de gentes ignorantes y despistadas que sin duda recibirían bien la liberación cuando llegase, pero de las que no podía esperarse que tomaran mucha parte en su preparación. Todos ellos (al menos, los que se encontraban al Oeste de los Balcanes) se consideraban en lucha contra un solo enemigo: la unión de los monarcas absolutos bajo la jefatura del zar. Todos ellos, por tanto, concebían la revolución como algo único e indivisible: como un fenómeno europeo singular, más bien que como un conjunto de liberaciones locales o nacionales. Todos ellos tendían a adoptar el mismo tipo de organización revolucionaria o incluso la misma organización: la hermandad insurreccional secreta.

Tales hermandades, cada una con su pintoresco ritual y su jerarquía, derivadas o copiadas de los modelos masónicos, brotaron hacia finales del período napoleónico. La más conocida, por ser la más internacional, era la de los "buenos primos" o *carbonarios*, que parecían descender de logias masónicas del Este de Francia por la vía de los oficiales franceses antibonapartistas en Italia. Tomó forma en la Italia meridional después de 1806 y, con otros grupos por el estilo, se extendió hacia el Norte y por el mundo mediterráneo después de 1815. Los carbonarios y sus derivados o paralelos encontraron un terreno propicio en Rusia (en donde tomaron cuerpo en los *decembristas*, que harían la primera revolución de la Rusia moderna en 1825), y especialmente en Grecia. La época carbonaria alcanzó su apogeo en 1820-1821, pero muchas de sus hermandades fueron virtualmente destruidas en 1823. No obstante, el carbonarismo (en su sentido genérico) persistió como el tronco principal de la organización revolucionaria, quizá sostenido por la simpática misión de ayudar a los griegos a recobrar su libertad (filohelenismo), y después del fracaso de las revoluciones de 1830, los emigrados políticos de Polonia e Italia lo difundieron todavía más.

Ideológicamente, los carbonarios y sus afines eran grupos formados por gentes muy distintas, unidas sólo por su común aversión a la reacción. Por razones obvias los radicales, entre ellos el ala izquierda jacobina y babuvista, al ser los revolucionarios más decididos, influyeron cada vez más sobre las hermandades. Filippo Buonarroti, viejo camarada de armas de Babeuf, fue su más diestro e infatigable conspirador, aunque sus doctrinas fueran mucho más izquierdistas que las de la mayor parte de sus "hermanos" o "primos".

Todavía se discute si los esfuerzos de los carbonarios estuvieron alguna vez lo suficientemente coordinados para producir revoluciones internacionales simultáneas, aunque es seguro que se hicieron repetidos intentos para unir a todas las sociedades secretas, al menos en sus más altos e iniciados niveles. Sea cual sea la verdad, lo cierto es que una serie de insurrecciones de tipo carbonario se produjeron en 1820-1821. Fracasaron por completo en Francia, en donde faltaban las condiciones políticas para la revolución y los conspiradores no tenían acceso a las únicas efectivas palancas de la insurrección en una situación aún no madura para ellos: el ejército desafecto. El ejército francés, entonces y durante todo el siglo XIX, formaba parte del servicio civil, es decir, cumplía las órdenes de cualquier gobierno legalmente instaurado. Si fracasaron en Francia, en cambio, triunfaron, aunque de modo pasajero, en algunos Estados italianos y, sobre todo, en España, en donde la "pura" insurrección descubrió su fórmula más efectiva: el *pronunciamiento* militar.

Los coroneles liberales organizados en secretas hermandades de oficiales, ordenaban a sus regimientos que les siguieran en la insurrección, cosa que hacían sin vacilar. (Los decembristas rusos trataron de hacer lo mismo con sus regimientos de la guardia, sin lograrlo por falta de coordinación). Las hermandades de oficiales -a menudo de tendencia liberal pues los nuevos ejércitos admitían a la carrera de las armas a jóvenes no aristócratas- y el pronunciamiento también serían rasgos característicos de la política de las Repúblicas hispanoamericanas, y una de las más duraderas y dudosas adquisiciones del período carbonario. Puede señalarse, de paso, que la sociedad secreta ritualizada y jerarquizada, como la masonería, atraía fuertemente a los militares, por razones comprensibles. El nuevo régimen liberal español fue derribado por una invasión francesa apoyada por la reacción europea, en 1823.

Sólo una de las revoluciones de 1820-1822 se mantuvo, gracias en parte a su éxito al desencadenar una genuina insurrección popular, y en parte a una situación diplomática favorable: el alzamiento griego de 1821. Por ello, Grecia se convirtió en la inspiradora del liberalismo internacional, y el *filohelenismo*, que incluyó una ayuda organizada a los griegos y el envío de numerosos combatientes voluntarios, representó un papel análogo para unir a las izquierdas europeas en aquel bienio al que representaría en 1936-1939 la ayuda a la República española.

Las revoluciones de 1830 cambiaron la situación enteramente. Como hemos visto, fueron los primeros productos de un período general de agudo y extendido desasosiego económico y social y de rápidas y vivificadoras transformaciones. De aquí se siguieron dos resultados principales. El primero fue que la política y la revolución de masas sobre el modelo de 1789 se hicieron posibles otra vez, haciendo menos necesaria la exclusiva actividad de las hermandades secretas. Los Borbones fueron derribados en París por una característica combinación de crisis en la que pasaba por ser la política de la Restauración y de inquietud popular producida por la depresión económica. En esta ocasión, las masas no estuvieron inactivas.

El París de julio de 1830 se erizó de barricadas, en mayor número y en más sitios que nunca, antes o después. (De hecho, 1830 hizo de la barricada el símbolo de la insurrección popular. Aunque su historia revolucionaria en París se remonta al menos al año 1588, no desempeñó un papel importante en 1789-1794). El segundo resultado fue que, con el progreso del capitalismo, "el pueblo" y el "trabajador pobre" -es decir, los hombres que levantaban las barricadas- se identificaron cada vez más con el nuevo proletariado industrial como "la clase trabajadora". Por tanto, un movimiento revolucionario proletario-socialista empezó su existencia.

También las revoluciones de 1830 introdujeron dos modificaciones ulteriores en el ala izquierda política. Separaron a los moderados de los radicales y crearon una nueva situación internacional. Al hacerlo ayudaron a disgregar el movimiento no sólo en diferentes segmentos sociales, sino también en diferentes segmentos nacionales.

Internacionalmente, las revoluciones de 1830 dividieron a Europa en dos grandes regiones. Al Oeste del Rin rompieron la influencia de los poderes reaccionarios unidos. El liberalismo moderado triunfó en Francia, Inglaterra y Bélgica. El liberalismo (de un tipo más radical) no llegó a triunfar del todo en Suiza y en la Península Ibérica, en donde se enfrentaron movimientos de base popular liberal y antiliberal católica, pero ya la Santa Alianza no pudo intervenir en esas naciones como todavía lo haría en la orilla oriental del Rin. En las guerras civiles española y portuguesa de los años 1830, las potencias absolutistas y liberales moderadas prestaron apoyo a los respectivos bandos contendientes, si bien las liberales lo hicieron con algo más de energía y con la presencia de algunos voluntarios y simpatizantes radicales, que débilmente prefiguraron la hispanofilia de los de un siglo más tarde.<sup>(7)</sup> Pero la solución de los conflictos de ambos países iba a darla el equilibrio de las fuerzas locales. Es decir, permanecería indecisa y fluctuante entre períodos de victoria liberal (1833-1837, 1840-1843) y de predominio conservador.

Al Este del Rin la situación seguía siendo poco más o menos como antes de 1830, ya que todas las revoluciones fueron reprimidas, los alzamientos alemanes e italianos por o con la ayuda de los austríacos, los de Polonia -mucho más serios- por los rusos. Por otra parte, en esta región el problema nacional predominaba sobre todos los demás. Todos los pueblos vivían bajo unos Estados demasiado pequeños o demasiado grandes para un criterio nacional: como miembros de naciones desunidas, rotas en pequeños principados (Alemania, Italia, Polonia), o como miembros de imperios multinacionales (el de los Habsburgo, el ruso, el turco). Las únicas excepciones eran las de los holandeses y los escandinavos que, aun perteneciendo a la zona no absolutista, vivían una vida relativamente tranquila, al margen de los dramáticos acontecimientos del resto de Europa.

Muchas cosas comunes había entre los revolucionarios de ambas regiones europeas, como lo demuestra el hecho de que las revoluciones de 1848 se produjeron en ambas, aunque no en todas sus partes. Sin embargo, dentro de cada una hubo una marcada diferencia en el ardor revolucionario. En el Oeste, Inglaterra y Bélgica dejaron de seguir el ritmo revolucionario general, mientras que Portugal, España y un poco menos Suiza, volvieron a verse envueltas en sus endémicas luchas civiles, cuyas crisis no siempre coincidieron con las de las demás partes, salvo por accidentes (como en la guerra civil suiza de 1847). En el resto de Europa había una gran diferencia entre las naciones "revolucionariamente" activas y las pasivas o no entusiastas.

Los servicios secretos de los Habsburgo se veían constantemente alarmados por los problemas de los polacos, los italianos y los alemanes no austríacos, tanto como por el de los siempre ruidosos húngaros, mientras no señalaban peligro alguno en las tierras alpinas o en las otras eslavas. A los rusos sólo les preocupaban los polacos, mientras los turcos podían confiar todavía en la mayor parte de los eslavos balcánicos para seguir tranquilos.

Esas diferencias reflejaban las variaciones en el ritmo de la evolución y en las condiciones sociales en los diferentes países, variaciones que se hicieron cada vez más evidentes entre 1830 y 1848, con gran importancia para la política. Así, la avanzada industrialización de Inglaterra cambió el ritmo de la política británica: mientras la mayor parte del continente tuvo su más agudo período de crisis social en 1846-1848, Inglaterra tuvo su equivalente -una depresión puramente industrial- en 1841-1842. Y, a la inversa, mientras en los años 1820 los grupos de jóvenes idealistas podían esperar con fundamento que un *putsch* militar asegurara la victoria de la libertad tanto en Rusia como en España y Francia, después de 1830 apenas podía pasarse por alto el hecho de que las condiciones sociales y políticas en Rusia estaban mucho menos maduras para la revolución que en España.

A pesar de todo, los problemas de la revolución eran comparables en el Este y en el Oeste, aunque no fuesen de la misma clase: unos y otros llevaban a aumentar la tensión entre moderados y radicales. En el Oeste, los liberales moderados habían pasado del frente común de oposición a la Restauración (o de la simpatía por él) al mundo del gobierno actual o potencial. Además, habiendo ganado poder con los esfuerzos de los radicales -pues ¿quiénes más lucharon en las barricadas?- los traicionaron inmediatamente. No debía haber trato con algo tan peligroso como la democracia o la República. "Ya no hay causa legítima -decía Guizot, liberal de la oposición bajo la Restauración, y primer ministro con la monarquía de julio- ni pretextos especiosos para las máximas y las pasiones tanto tiempo colocadas bajo la bandera de la democracia. Lo que antes era democracia ahora sería anarquía; el espíritu democrático es ahora, y será en adelante, nada más que el espíritu revolucionario".

Y más todavía: después de un corto intervalo de tolerancia y celo, los liberales tendieron a moderar sus entusiasmos por ulteriores reformas y a suprimir la izquierda radical, y especialmente las clases trabajadoras revolucionarias. En Inglaterra, la "Unión General" owenista de 1834-1835 y los cartistas afrontaron la hostilidad tanto de los hombres que se opusieron al Acta de Reforma como de muchos que la defendieron. El jefe de las fuerzas armadas desplegadas contra los cartistas en 1839 simpatizaba con muchas de sus peticiones como radical de clase media y, sin embargo, los reprimió. En Francia, la represión del alzamiento republicano de 1834 marcó el punto crítico; el mismo año, el castigo de seis honrados labradores wesleyanos que intentaron formar una unión de trabajadores agrícolas (los "mártires de Tolpuddle") señaló el comienzo de una ofensiva análoga contra el movimiento de la clase trabajadora en Inglaterra. Por tanto, los movimientos radicales, republicanos y los nuevos proletarios, dejaron de alinearse con los liberales; a los moderados que aún seguían en la oposición les obsesionaba la idea de "la República social y democrática", que ahora era el grito de combate de las izquierdas.

En el resto de Europa, ninguna revolución había ganado. La ruptura entre moderados y radicales y la aparición de la nueva tendencia social-revolucionaria surgieron del examen de la derrota y del análisis de las perspectivas de una victoria. Los moderados -terratenientes y clase media acomodada, liberales todos- ponían sus esperanzas de reforma en unos gobiernos suficientemente dúctiles y en el apoyo diplomático de los nuevos poderes liberales. Pero esos gobiernos suficientemente dúctiles eran muy raros. Saboya en Italia seguía simpatizando con el liberalismo y despertaba un creciente apoyo de los moderados que buscaban en ella ayuda para el caso de una unificación del país. Un grupo de católicos liberales, animado por el curioso y poco duradero fenómeno de "un papado liberal" bajo el nuevo pontífice Pío IX (1846), soñaba, casi infructuosamente, con movilizar la fuerza de la Iglesia para el mismo propósito.

En Alemania ningún Estado de importancia dejaba de sentir hostilidad hacia el liberalismo. Lo que no impedía que algunos moderados -menos de lo que la propaganda histórica prusiana ha insinuado- mirasen hacia Prusia, que por lo menos había creado una unión aduanera alemana (1834), y soñaran más que en las barricadas, en los príncipes convertidos al liberalismo. En Polonia, en donde la perspectiva de una reforma moderada con el apoyo del zar ya no alentaba al grupo de magnates (los Czartoryski) que siempre pusieron sus esperanzas en ella, los liberales confiaban en una intervención diplomática de Occidente. Ninguna de estas perspectivas era realista, tal como estaban las cosas entre 1830 y 1848.

También los radicales estaban muy disgustados con el fracaso de los franceses en representar el papel de liberadores internacionales que les había atribuido la gran revolución y la teoría revolucionaria. En realidad, ese disgusto, unido al creciente nacionalismo de aquellos años y a la aparición de diferencias en las aspiraciones revolucionarias de cada país, destrozó el internacionalismo unificado al que habían aspirado los revolucionarios durante la Restauración. Las perspectivas estratégicas seguían siendo las mismas. Una Francia neojacobina y quizá (como pensaba Marx) una Inglaterra radicalmente intervencionista, seguían siendo casi indispensables para la liberación europea, a falta de la improbable perspectiva de una revolución. Sin embargo, una reacción nacionalista contra el internacionalismo -centrado en Francia- del período carbonario ganó terreno, una emoción muy adecuada a la nueva moda del romanticismo que captó a gran parte de la izquierda después de 1830: no puede haber mayor contraste que entre el reservado racionalista y profesor de música dieciochesco Buonarroti y el confuso e ineficazmente teatral Giuseppe Mazzini (1805-1872), quien llegó a ser el apóstol de aquella reacción anticarbonaria, formando varias conspiraciones nacionales (la "Joven Italia", la "Joven Alemania", la "Joven Polonia", etc.), unidas en una genérica "Joven Europa". En un sentido, esta descentralización del movimiento revolucionario fue realista, pues en 1848 las naciones se alzaron por separado, espontánea y simultáneamente. En otro sentido, no lo fue: el estímulo para su simultánea erupción procedía todavía de Francia, y la repugnancia francesa a representar el papel de libertadora ocasionó el fracaso de aquellos movimientos.

Románticos o no, los radicales rechazaban la confianza de los moderados en los príncipes y los potentados, por razones prácticas e ideológicas. Los pueblos debían prepararse para ganar su libertad por sí mismos y no por nadie que quisiera dársela -sentimiento que también adaptaron para su uso los movimientos proletario-socialistas de la misma época-. La libertad debía conseguirse por la "acción directa". Pero ésta era una concepción todavía carbonaria, al menos mientras las masas permaneciesen pasivas. Por tanto, no fue muy efectiva, aunque hubiese una enorme diferencia entre los ridículos preparativos con los que Mazzini intentó la invasión de Saboya y las serias y continuas tentativas de los demócratas polacos para sostener o revivir la actividad de guerrillas en su país después de la derrota de 1831. Pero asimismo, la decisión de los radicales de tomar el poder sin o contra las fuerzas establecidas, produjo una nueva división en sus filas. ¿Estaban o no preparados para hacerlo al precio de una revolución social?

## Capítulo IV

El problema era inflamatorio en todas partes, salvo en los Estados Unidos, en donde nadie podía refrenar la decisión de movilizar al pueblo para la política, tomada ya por la democracia jacksoniana.<sup>(10)</sup> Pero, a pesar de la aparición de un Workingmen's Party (partido de los trabajadores) en los Estados Unidos en 1828-1829, la revolución social de tipo europeo no era una solución seria en aquel vasto y expansivo país, aunque hubiese sus grupos de descontentos. Tampoco era inflamatorio en Hispanoamérica, en donde ningún político, con la excepción quizá de los mexicanos, soñaba con movilizar a los indios (es decir, a los campesinos y labriegos), los esclavos negros o incluso a los mestizos (es decir, pequeños propietarios artesanales y pobres urbanos) para una actividad pública. Pero en la Europa occidental, en donde la revolución social llevada a cabo por los pobres de las ciudades era una posibilidad real, y en la gran zona europea de la revolución agraria, el problema de si se apelaba o no a las masas era urgente e inevitable.

El creciente descontento de los pobres -especialmente de los pobres urbanos- era evidente en toda la Europa occidental. Hasta en la Viena imperial se reflejaba en ese fiel espejo de las actitudes de la plebe y la pequeña burguesía que era el teatro popular suburbano. En el período napoleónico, sus obras combinaban la *Gemuetlichkeit* con una ingenua lealtad a los Habsburgo. Su autor más importante en los años 1820, Ferdinand Raimund, llenaba los escenarios con cuentos de hadas, melancolía y nostalgia de la perdida inocencia de la antigua comunidad sencilla, tradicionalista y no capitalista. Pero, desde 1835, la escena vienesa estaba dominada por una -Johann Nestroy- que empezó siendo un satírico político y social, un talento amargo y dialéctico, un espíritu corrosivo, para acabar convertido en un entusiasta revolucionario de 1848. Hasta los emigrantes alemanes que pasaban por El Havre, daban como razón para su desplazamiento a los Estados Unidos -que por los años 1830 empezaban a ser el país soñado por los europeos pobres- la de que "allí no había rey".

El descontento urbano era universal en Occidente. Un movimiento proletario y socialista se advertía claramente en los países de la doble revolución, Inglaterra y Francia. En Inglaterra surgió hacia 1830 y adquirió la madura forma de un movimiento de masas de trabajadores pobres que consideraba a los liberales y los *whigs* como probables traidores y a los capitalistas y los *tories* como seguros enemigos. El vasto movimiento en favor de la "Carta del Pueblo", que alcanzó su cima en 1839-1842, pero conservando gran influencia hasta después de 1848, fue su realización más formidable.

El socialismo británico o "cooperación" fue mucho más débil. Empezó de manera impresionante en 1829-1834, reclutando una gran cantidad de trabajadores como militantes de sus doctrinas (que habían sido propagadas principalmente entre los artesanos y los mejores trabajadores desde unos años antes) e intentando ambiciosamente establecer una "unión general" nacional de las clases trabajadoras que, bajo la influencia owenista, incluso trató de establecer una economía cooperativa general superando a la capitalista.

La desilusión después del Acta de Reforma de 1832 hizo que el grueso del movimiento laborista considerase a los owenistas -cooperadores y primitivos revolucionarios sindicalistas- como sus dirigentes, pero su fracaso en desarrollar una efectiva política estratégica y directiva, así como las sistemáticas ofensivas de los patronos y el gobierno, destruyeron el movimiento en 1834-1836. Este fracaso redujo a los socialistas a grupos propagandísticos y educativos un poco al margen de la principal corriente de agitación o a precursores de una más modesta cooperación en forma de tiendas cooperativas, iniciada en Rochdale, Lancashire, en 1844. De aquí la paradoja de que la cima del movimiento revolucionario de las masas de trabajadores pobres británicos, el cartismo, fuera ideológicamente algo menos avanzado, aunque políticamente más maduro que el movimiento de 1829-1834. Pero ello no le salvó de la derrota por la incapacidad política de sus jefes, sus diferencias locales y su falta de habilidad para concertar una acción nacional aparte de la preparación de monstruosas peticiones.

En Francia no existía un movimiento parecido de masas trabajadoras en la industria: los militantes franceses del "movimiento de la clase trabajadora" en 1830-1848 eran, en su mayor parte, anticuados artesanos y jornaleros urbanos, procedentes de los centros de la tradicional industria doméstica, como las sederías de Lyon. (Los archirrevolucionarios *canuts* de Lyon no eran siquiera jornaleros, sino una especie de pequeños patronos). Por otra parte, las diferentes ramas del nuevo socialismo "utópico" -los seguidores de Saint-Simon, Fourier, Cabet, etc.- se desinteresaban de la agitación política, aunque de hecho, sus pequeños conciliábulos y grupos -sobre todo los *fourieristas*- iban a actuar como núcleos dirigentes de las clases trabajadoras y organizadoras de la acción de las masas al alborear la revolución de 1848. Por otra parte, Francia poseía la poderosa tradición, políticamente muy desarrollada, del ala izquierda jacobina y babuvista, una gran parte de la cual se hizo comunista después de 1830. Su caudillo más formidable fue Augusto Blanqui (1805-1881), discípulo de Buonarroti.



En términos de análisis y teoría social, el blanquismo tenía poco con qué contribuir al socialismo, excepto con la afirmación de su necesidad y la decisiva observación de que el proletariado de los explotados jornaleros sería su arquitecto y la clase media (ya no la alta) su principal enemigo. En términos de estrategia política y organización, adaptó a la causa de los trabajadores el órgano tradicional revolucionario, la secreta hermandad conspiradora -despojándola de mucho de su ritualismo y sus disfraces de la época de la Restauración-, y el tradicional método revolucionario jacobino, insurrección y dictadura popular centralizada. De los blanquistas (que a su vez derivaban de Saint-Just, Babeuf y Buonarroti), el moderno movimiento socialista revolucionario adquirió el convencimiento de que su objetivo debía ser apoderarse del poder e instaurar "la dictadura del proletariado" (esta expresión es de cuño blanquista). La debilidad del blanquismo era en parte la debilidad de la clase trabajadora francesa. A falta de un gran movimiento de masas conservaba, como sus predecesores los carbonarios, una elite que planeaba sus insurrecciones un poco en el vacío, por lo que solían fracasar como en el frustrado levantamiento de 1839.

Por todo ello, la clase trabajadora o la revolución urbana y socialista aparecían como peligros reales en la Europa occidental, aun cuando en los países más industrializados, como Inglaterra y Bélgica, los gobiernos y las clases patronales las mirasen con relativa -y justificada- placidez: no hay pruebas de que el gobierno británico estuviera seriamente preocupado por la amenaza al orden público de los cartistas, numerosos pero divididos, mal organizados y peor dirigidos. Por otra parte, la población rural no estaba en condiciones de estimular a los revolucionarios o asustar a los gobernantes. En Inglaterra, el gobierno sintió cierto pánico pasajero cuando una ola de tumultos y destrucciones de máquinas se propagó entre los hambrientos labriegos del Sur y el Este de la nación a finales de 1830.

La influencia de la Revolución francesa de julio, fue detectada en esta espontánea, amplia y rápidamente apaciguada "última revuelta de labradores", castigada con mucha mayor dureza que las agitaciones cartistas, como era quizá de esperar en vista de la situación política, mucho más tensa que durante el período del Acta de Reforma. Sin embargo, la inquietud agraria pronto recayó en formas políticas menos temibles. En las demás zonas avanzadas económicamente, excepto en algunas de la Alemania occidental, no se esperaban serios movimientos revolucionarios agrarios y el aspecto exclusivamente urbano de la mayor parte de los revolucionarios carecía de aliciente para los campesinos. En toda la Europa occidental (dejando aparte la Península Ibérica) sólo Irlanda padecía un largo y endémico movimiento de revolución agraria, organizado en secreto y disperso en sociedades terroristas como los *Ribbonmen* y los *Whiteboys*. Pero social y políticamente Irlanda pertenecía a un mundo diferente del de sus vecinos.

El principio de la revolución social dividió a los radicales de la clase media, es decir, a los grupos de descontentos hombres de negocios, intelectuales, etc., que se oponían a los moderados gobiernos liberales de 1830. En Inglaterra, se dividieron en los que estaban dispuestos a sostener el cartismo o hacer causa común con él (como en Birmingham o en la Complete Suffrage Union del cuáquero Joseph Sturge) y los que insistían (como los miembros de la Liga Anti-Corn Law) en combatir a la aristocracia y al cartismo.

Predominaban los intransigentes, confiados en la mayor homogeneidad de su conciencia de clase, en su dinero, que derrochaban a manos llenas, y en la efectividad de la organización propagandista y consultiva que constituían. En Francia, la debilidad de la oposición oficial a Luis Felipe y la iniciativa de las masas revolucionarias de París hicieron girar la decisión en otro sentido. "Nos hemos convertido otra vez en republicanos -escribía el poeta radical Béranger después de la revolución de febrero de 1848-. Quizá fue demasiado prematura y demasiado rápida ... Yo hubiera preferido un procedimiento más cauteloso, pero ni escogimos la hora, ni adiestramos a las fuerzas, ni señalamos el camino a seguir." La ruptura de los radicales de la clase media con la extrema izquierda sólo se produciría después de la revolución.

Para la descontenta pequeña burguesía de artesanos independientes, tenderos, granjeros y demás que (unidos a la masa de obreros especializados) formaban probablemente el principal núcleo de radicalismo en Europa occidental, el problema era menos abrumador. Por su origen modesto simpatizaban con el pobre contra el rico; como hombres de pequeño caudal simpatizaban con el rico contra el pobre. Pero la división de sus simpatías los llenaba de dudas y vacilaciones acerca de la conveniencia de un gran cambio político. Llegado el momento se mostrarían, aunque débilmente, jacobinos, republicanos y demócratas. Vacilantes componentes de todos los frentes populares, eran, sin embargo, un componente indispensable, hasta que los expropiadores potenciales estuvieran realmente en el poder.

## Capítulo V

En el resto de la Europa revolucionaria, en donde el descontento de las clases bajas del país y los intelectuales formaban el núcleo central del radicalismo, el problema era mucho más grave, pues las masas las constituían los campesinos; muchas veces unos campesinos pertenecientes a diferentes naciones que sus terratenientes y sus hombres de la ciudad: eslavos y rumanos en Hungría, ucranianos en la Polonia oriental, eslavos en distintas regiones de Austria. Y los más pobres y menos eficientes propietarios, los que carecían de medios para abandonar el estado legal que les proporcionaban sus medios de vida, eran a menudo los más radicalmente nacionalistas.



Desde luego, mientras la masa campesina permaneciera sumida en la ignorancia y en la pasividad política, el problema de su ayuda a la revolución era menos inmediato de lo que podía haber sido, pero no menos explosivo. Y ya en los años 1840 y siguientes, esta pasividad no se podía dar por supuesta. La rebelión de los siervos en Galitzia, en 1846, fue el mayor alzamiento campesino desde los días de la Revolución francesa de 1789.

Aunque el problema fuera candente, también era, hasta cierto punto, retórico. Económicamente, la modernización de zonas atrasadas, como las de Europa oriental, exigía una reforma agraria, o cuando menos la abolición de la servidumbre que todavía subsistía en los Imperios austríaco, ruso y turco. Políticamente, una vez que el campesinado llegase al umbral de una actividad, era seguro que habría de hacer algo para satisfacer sus peticiones, en todo caso en los países en que los revolucionarios luchaban contra un gobierno extranjero. Si los revolucionarios no atraían a su lado a los campesinos, lo harían los reaccionarios; en todo caso, los reyes legítimos, los emperadores y las Iglesias tenían la ventaja táctica de que los campesinos tradicionalistas confiaban en ellos más que en los señores y todavía estaban dispuestos, en principio, a esperar justicia de ellos. Y los monarcas, a su vez, estaban dispuestos a utilizar a los campesinos contra la clase media si lo creyeran necesario o conveniente: los Borbones de Nápoles lo hicieron sin dudar, en 1799, contra los jacobinos napolitanos. "¡Viva Radetzky! ¡Mueran los señores!", gritarían los campesinos lombardos, en 1848, aclamando al general austríaco que aplastó el alzamiento nacionalista. El problema para los radicales en los países subdesarrollados no era el de buscar la alianza con los campesinos, sino el de saber si lograrían conseguirla.

Por eso, en tales países, los radicales se dividieron en dos grupos: los demócratas y la extrema izquierda. Los primeros (representados en Polonia por la Sociedad Democrática Polaca, en Hungría por los partidarios de Kossuth, en Italia por los mazzinianos), reconocían la necesidad de atraer a los campesinos a la causa revolucionaria, donde fuera necesario con la abolición de la servidumbre y la concesión de derechos de propiedad a los pequeños cultivadores, pero esperaban una especie de coexistencia pacífica entre una nobleza que renunciara voluntariamente a sus derechos feudales -no sin compensación- y un campesinado nacional. Sin embargo, en donde el viento de la rebelión campesina no sopló demasiado fuerte o el miedo de su explotación por los príncipes no era grande (como en gran parte de Italia), los demócratas descuidaron en la práctica el proveerse de un programa social y agrario, prefiriendo predicar las generalidades de la democracia política y la liberación nacional.

La extrema izquierda concebía la lucha revolucionaria como una lucha de las masas simultáneamente contra los gobiernos extranjeros y los explotadores domésticos. Anticipándose a los revolucionarios nacional-sociales de nuestro siglo, dudaban de la capacidad de la nobleza y de la débil clase media, con sus intereses frecuentemente ligados a los del gobierno, para guiar a la nueva nación hacia su independencia y modernización. Su programa estaba fuertemente influido por el naciente socialismo occidental, aunque, a diferencia de la mayor parte de los socialistas "utópicos" premarxistas, eran revolucionarios políticos y críticos sociales. Así la efímera república de Cracovia, en 1846, abolió todas las cargas de los campesinos y prometió a sus pobres urbanos "talleres nacionales". Los carbonarios más avanzados del Sur de Italia adoptaron el programa babuvista-blanquista. Quizá, excepto en Polonia, esta corriente de pensamiento fue relativamente débil, y su influencia disminuyó mucho por el fracaso de los movimientos compuestos sustancialmente de escolares, estudiantes, intelectuales de origen mesocrático o plebeyo y unos cuantos idealistas en su intento de movilizar a los campesinos que con tanto afán querían reclutar.

Por tanto, los radicales de la Europa subdesarrollada nunca resolvieron efectivamente su problema, en parte por la repugnancia de sus miembros a hacer concesiones adecuadas u oportunas a los campesinos y, en parte, por la falta de madurez política de esos mismos campesinos. En Italia, las revoluciones de 1848 fueron conducidas sustancialmente sobre las cabezas de una población rural inactiva; en Polonia (en donde el alzamiento de 1846 se transformó rápidamente en una rebelión campesina contra la burguesía polaca, estimulada por el gobierno austríaco), ninguna revolución tuvo lugar en 1848, salvo en la Posnania prusiana. Incluso en la más avanzada de las naciones revolucionarias -Hungría- las reformas iniciadas por el gobierno respondían al designio de impedir la movilización de los campesinos para una guerra de liberación nacional. Y sobre una gran parte de la Europa oriental, los campesinos eslavos, vistiendo uniformes de soldados imperiales, fueron los que efectivamente reprimieron a los revolucionarios germanos y magiares.

## Capítulo VI

A pesar de estar ahora divididos por las diferencias de condiciones locales, por la nacionalidad y por las clases, los movimientos revolucionarios de 1830-1848, conservaban muchas cosas en común. En primer lugar, como hemos visto, seguían siendo en su mayor parte organizaciones de conspiradores de clase media e intelectuales, con frecuencia exiliados, o limitadas al relativamente pequeño mundo de la cultura. (Cuando las revoluciones estallaban, el pueblo, naturalmente, se sumaba a ellas. De los 350 muertos en la insurrección de Milán de 1848, sólo muy pocos más de una docena fueron estudiantes, empleados o miembros de familias acomodadas. Setenta y cuatro fueron mujeres y niños, y el resto artesanos y obreros).

En segundo lugar, conservaban un patrón común de conducta política, ideas estratégicas y tácticas, etc., derivado de la experiencia heredada de la revolución de 1789, y un fuerte sentido de unidad internacional. El primer factor se explica fácilmente. Una tradición de agitación y organización de masas sólidamente establecida como parte de la normal (y no inmediatamente pre o posrevolucionaria) vida social, apenas existía, a no ser en los Estados Unidos e Inglaterra y quizá Suiza, Holanda y Escandinavia. Las condiciones para ello no se daban fuera de Inglaterra y los Estados Unidos. El que un periódico alcanzara una circulación semanal de más de 60.000 ejemplares y un número mucho mayor de lectores, como el cartista *Northern Star*, en abril de 1839, era inconcebible en otro país. El número corriente de ejemplares tirados por un periódico era el de 5.000, aunque los oficiosos o -desde los años 1830- de puro entretenimiento probablemente pasaran de 20.000 en un país como Francia. Incluso en países constitucionales como Bélgica y Francia, la agitación legal de la extrema izquierda sólo era permitida intermitentemente, y con frecuencia sus organizadores se consideraban ilegales. En consecuencia, mientras existía un simulacro de política democrática entre las restringidas clases que formaban el *país legal*, con alguna repercusión entre las no privilegiadas, las actividades fundamentales de una política de masas -campañas públicas para presionar a los gobiernos, organización de masas políticas, peticiones, oratoria ambulante dirigida al pueblo, etc.- apenas eran posibles.

Fuera de Inglaterra, nadie habría pensado seriamente en conseguir una ampliación del fuero parlamentario mediante una campaña de recogida de firmas y manifestaciones públicas, o tratar de abolir una ley impopular por medio de una presión de las masas, como respectivamente trataron de hacer el cartismo y la Liga Anti-Corn Law. Los grandes cambios constitucionales significan una ruptura con la legalidad, y lo mismo pasa con los grandes cambios sociales.

Las organizaciones ilegales son naturalmente más reducidas que las legales, y su composición social dista mucho de ser representativa. Desde luego la evolución de las sociedades secretas carbonarias generales en proletario-revolucionarias como las blanquistas, produjo una relativa disminución en sus miembros de la clase media y un aumento en los de la clase trabajadora, por ejemplo, en el número de artesanos y obreros especializados. Las organizaciones blanquistas entre 1830 y 1848 se decía que estaban constituidas casi exclusivamente por hombres de la clase más baja. Así, la Liga alemana de los Proscritos (que más adelante se convertiría en la Liga de los Justos y en la Liga Comunista de Marx y Engels), cuya médula la formaban jornaleros alemanes expatriados. Pero éste era un caso más bien excepcional. El grueso de los conspiradores seguía formado, como antes, por hombres de las clases profesionales o de la pequeña burguesía, estudiantes y escolares, periodistas, etc., aunque quizá con una proporción menor (fuera de los países ibéricos) de jóvenes oficiales que en los momentos culminantes del carbonarismo.

Además, hasta cierto punto toda la izquierda europea y americana continuaba combatiendo a los mismos enemigos y compartiendo las mismas aspiraciones y el mismo programa. "Renunciamos, repudiamos y condenamos todas las desigualdades hereditarias y las distinciones de "casta" -se escribía en la declaración de principios de los "Fraternales Demócratas" (sociedad compuesta de "nativos de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Escandinavia, Polonia, Italia, Suiza, Hungría y otros países")- y, por tanto, consideramos a los reyes, las aristocracias y las clases monopolizadoras de privilegios en virtud de sus propiedades o posesiones, como usurpadores. Nuestro credo político es el gobierno elegido por el pueblo y responsable ante él." ¿Qué radical o revolucionario habría discrepado de ellos? Si era burgués, favorecería un Estado en el cual la propiedad como tal (como en las Constituciones de 1830-1832, que hacían depender el voto de una determinada cantidad de riqueza), tendría cierta holgura económica; si era socialista o comunista, pretendería que la propiedad fuera socializada.

Sin duda, el punto crítico se alcanzaría -en Inglaterra ya se había alcanzado en el tiempo del cartismo- cuando los antiguos aliados contra reyes, aristócratas y privilegiados se volvieran unos contra otros y el conflicto fundamental quedara reducido a la lucha entre burgueses y trabajadores. Pero antes de 1848, en ninguna otra parte se había llegado a ello. Sólo la gran burguesía de unos pocos países figuraba hasta ahora de manera oficial en el campo gubernamental. E incluso los proletarios comunistas más conscientes se consideraban y actuaban como la más extrema izquierda del movimiento radical y democrático general, y miraban el establecimiento de la república demoburguesa como un preliminar indispensable para el ulterior avance del socialismo. El *Manifiesto comunista* de Marx y Engels es una declaración de futura guerra contra la burguesía, pero -en Alemania al menos- de alianza con ella en el presente. La clase media alemana más avanzada, los industriales de Renania, no sólo pidieron a Marx que editara su órgano radical, la *Neue Rheinische Zeitung*, en 1848; Marx aceptó y lo editó no simplemente como un órgano comunista, sino también como portavoz y conductor del radicalismo alemán.

Más que una perspectiva común, las izquierdas europeas compartían un cuadro de lo que sería la revolución, derivado de la de 1789, con pinceladas de la de 1830. Habría una crisis en los asuntos políticos del Estado, que conduciría a una insurrección. (La idea carbonaria de un golpe de una minoría selecta o un alzamiento organizado, sin referencias al clima general político o económico estaba cada vez más desacreditada, salvo en los países ibéricos, sobre todo, por el ruidoso fracaso de varios intentos de esa clase en Italia -por ejemplo, en 1833-1834 y 1841-1845- y de *putsches* como los preparados en 1836 por Luis Bonaparte, sobrino del emperador).

Se alzarían barricadas en la capital; los revolucionarios se apoderarían del palacio real, el Parlamento o (como querían los extremistas, que se acordaban de 1792) el Ayuntamiento, izarían en ellos la bandera tricolor y proclamarían la República y un gobierno provisional. El país, entonces, aceptaría el nuevo régimen. La importancia decisiva de las capitales era reconocida universalmente, pero sólo después de 1848, los gobiernos empezaron a modificarlas para facilitar los movimientos de las tropas contra los revolucionarios.

Se organizaría una guardia nacional, constituida por ciudadanos armados, se convocarían elecciones democráticas para una Asamblea Constituyente, el gobierno provisional se convertiría en definitivo cuando la nueva Constitución entrara en vigor. El nuevo régimen prestaría una ayuda fraternal a las demás revoluciones que, casi seguramente, se producirían. Lo que ocurriera después, pertenecía a la era posrevolucionaria, para la cual, también los acontecimientos de Francia, en 1792-1799, proporcionaban abundantes y concretos modelos de lo que había que hacer y lo que había que evitar. Las inteligencias de los más jacobinos entre los revolucionarios se inclinaban, naturalmente, hacia los problemas de la salvaguardia de la revolución contra los intentos de los contrarrevolucionarios nativos o extranjeros para aniquilarla. En resumen, puede decirse que la extrema izquierda política estaba decididamente a favor del principio (jacobino) de centralización y de un fuerte poder ejecutivo, frente a los principios (girondinos) de federalismo, descentralización y división de poderes.

Esta perspectiva común estaba muy reforzada por la fuerte tradición del internacionalismo, que sobrevivía incluso entre los separatistas nacionalistas que se negaban a aceptar la jefatura automática de cualquier país, por ejemplo, Francia, o mejor dicho, París. La causa de todas las naciones era la misma, aun sin considerar el hecho evidente de que la liberación de la mayor parte de los europeos parecía implicar la derrota del zarismo. Los prejuicios nacionales (que, como decían los "fraternales demócratas", "habían beneficiado siempre a los opresores de los pueblos" ) desaparecerían en el mundo de la fraternidad. Las tentativas de crear organismos revolucionarios internacionales nunca cesaron, desde la "Joven Europa" de Mazzini -concebida como lo contrario de las antiguas internacionales masónico-carbonarias- hasta la Asociación Democrática para la Unificación de Todos los Países, de 1847. Entre los movimientos nacionalistas, tal internacionalismo tendía a perder importancia, pues los países que ganaban su independencia y entablaban relaciones con los demás pueblos veían que éstas eran mucho menos fraternales de lo que habían supuesto. En cambio, entre los social-revolucionarios que cada vez aceptaban más la orientación proletaria, ese internacionalismo ganaba fuerza. La *Internacional*, como organización y como canto, iba a ser parte integrante de los posteriores movimientos socialistas del siglo.

Un factor accidental que reforzaría el internacionalismo de 1830-1848, fue el exilio. La mayor parte de los militantes de las izquierdas continentales estuvieron expatriados durante algún tiempo, muchos durante décadas, reunidos en las relativamente escasas zonas de refugio o asilo: Francia, Suiza y bastante menos Inglaterra y Bélgica. (El continente americano estaba demasiado lejos para una emigración política temporal, aunque atrajera a algunos). El mayor contingente de exiliados lo proporcionó la gran emigración polaca -entre cinco y seis mil personas fugitivas de su país a causa de la derrota de 1831-, seguido del de la italiana y alemana (ambas reforzadas por importantes grupos de emigrados no políticos o comunidades de sus nacionalidades instaladas en otros países). Por los años 1840, una pequeña colonia de acaudalados intelectuales rusos habían asimilado las ideas revolucionarias occidentales en viajes de estudio por el extranjero o buscaban una atmósfera más cordial que la de las mazmorras o los trabajos forzados de Nicolás I. También se encontraban estudiantes y residentes acomodados de países pequeños o atrasados en las dos ciudades que formaban los soles culturales de la Europa oriental, Hispanoamérica y Levante: París primero y más tarde Viena.

En los centros de refugio los emigrados se organizaban, discutían, disputaban, se trataban y se denunciaban unos a otros, y planeaban la liberación de sus países o, entre tanto sonaba esa hora, la de otros pueblos. Los polacos y algo menos los italianos (el desterrado Garibaldi luchó por la libertad de diferentes países latinoamericanos) llegaron a formar unidades internacionales de revolucionarios militantes. Ningún alzamiento o guerra de liberación en cualquier lugar de Europa, entre 1831 y 1871, estaría completo sin la presencia de su correspondiente contingente de técnicos o combatientes polacos; ni siquiera (se ha sostenido) el único alzamiento en armas durante el período cartista, en 1839. Pero no fueron los únicos. Un expatriado liberador de pueblos verdaderamente típico, Harro Harring -danés, según decía- combatió sucesivamente por Grecia, en 1821, por Polonia, en 1830-1831, como miembro de la "Joven Alemania", la "Joven Italia", de Mazzini, y la más difusa "Joven Escandinavia"; al otro lado del Océano, en la lucha por unos proyectados Estados Unidos de Hispanoamérica, y en Nueva York, antes de regresar a Europa para participar en la revolución de 1848; a pesar de lo cual, le quedó tiempo para escribir y publicar libros titulados *Los pueblos*, *Gotas de sangre*, *Palabras de un hombre* y *Poesía de un escandinavo*.

Un destino común y un común ideal ligaba a aquellos expatriados y viajeros. La mayor parte de ellos se enfrentaban con los mismos problemas de pobreza y vigilancia policíaca, de correspondencia clandestina, espionaje y asechanzas de agentes provocadores. Como el fascismo en la década de 1930, el absolutismo en las de 1830 y 1840 confinaba a sus enemigos. Entonces, como un siglo después, el comunismo que trataba de explicar y hallar soluciones a la crisis social del mundo, atraía a los militantes y a los intelectuales meramente curiosos a su capital -París- añadiendo una nueva y grave fascinación a los encantos más ligeros de la ciudad ("Si no fuera por las mujeres francesas, la vida no valdría la pena de vivirse. *Mais tant qu'il y a des grisettes, va!*). En aquellos centros de refugio los emigrados formaban esa provisional -pero con frecuencia permanente- comunidad del exilio, mientras planeaban la liberación de la humanidad. No siempre les gustaba o aprobaban lo que hacían los demás, pero los conocían y sabían que su destino era el mismo. Juntos preparaban la revolución europea, que se produciría -y fracasaría- en 1848.